

VOCES, PENSAMIENTOS Y PLEGARIAS

Aforismos, máximas, sentencias, pensamientos, greguerías... son algunos de los nombres por los que se conoce este tipo de literatura breve y sentenciosa que en la prosa vendría a ocupar un lugar posiblemente más humilde que el que acoge en poesía al haiku japonés o a la tradición epigramática grecolatina.

Lágrimas del sentimiento, quintaesencia de la razón, suspiros, desahogos, plegarias, o sencillos “primores de lo vulgar”, como las prosas del maestro Azorín, son para el que suscribe estas reflexiones que la poeta y narradora Dionisia García nos entrega.

Este género difícil y austero requiere la agudeza del frío analista y la sensibilidad, irónica y sutil, del comentarista de sucesos, que más que descubrir, sugiere e interroga. La mejor forma de leer un libro de aforismos, si no la única, es abrirlo al azar y leer un par de páginas y meditar. Pasa como con las estampas o fotografías de un álbum, que cuando se ven muchas de seguido, uno tiene la impresión de no haber visto más que una.

Hay mucho de charlatán, que sólo busca el relumbrón, entre quienes escriben pensamientos o máximas. Como apunta el Príncipe de Ligne, “casi todos dicen cosas comunes o falsas o enigmáticas; no es preciso ponerse a disertar o a interpretar, sino a pensar”. Y eso es precisamente lo que nos ofrece Dionisia García en *Voces detenidas*; pensamientos sugeridos, concentrados, ideas suspendidas, abandonadas en el papel para que el lector las recoja y escuche lo que le dicen.

Ya en *Ideario de otoño*, cuyo primer libro (407 aforismos) publicara en 1987 (añadiría a este un segundo libro en 1994), Dionisia García se nos descubre como una aventajada discípula de Chanfort y Lichtenberg. En el prólogo a *Voces detenidas*, a estos nombres añade la autora los de La Rochefoucauld y Cioran, como “mis maestros preferidos”, y nos dice que “más que descubrir, en este género breve se sugiere, se interroga a quienes se acercan a estas páginas, sin evitar la afirmación cuando el contenido lo requiere”.

Sutiles sugerencias y sorprendentes afirmaciones es lo que encontramos en este mínimo libro en catorceavo que contiene 520 aforismos, agrupados en tres bloques desiguales: “Al compás del tiempo” (259), “En torno a la escritura” (132) y “La mirada insistente” (129). Vamos a glosar alguno de ellos o simplemente traer a colación aquellos que por alguna razón nos sorprendieron.

Imposible resulta responder a esta pregunta: “¿Quién recuerda la última noche de juventud?”. Alguien avisado o avisado, a esos que les gusta dar la vuelta a los aforismos para verle las tripas y desbaratar su secreta mecánica, antepondría una simple negación al verbo de esta frase, con lo que compondría otra frase bonita, pero falsa. La magia y la verdad de “Las casas deshabitadas nos miran con ojos perpetuos”, sólo la puede apreciar en toda su dimensión quien de vez en cuando regrese al lugar de sus mayores que un día abandonara y en solitario contemple (y soporte) la misericordia de esa mirada.

No todos estarán de acuerdo con lo afirmado en “La esclavitud está vigente: servidores y servidos. La sociedad lo impone, y se acepta de buen grado. Para que unos brillen, otros han de encender la candela”. A los que brillan me refiero, siempre piensan que lo hacen con luz propia, aunque la candela sea prestada.

La idea de que la escritura aforística es propia del artista ocioso y poco dispuesto está plenamente conseguida, en magnífico alarde metonímico, en el siguiente ejemplo: “En postura horizontal surgen más aforismos, señal de que son vagos”.

El amor a las cosas sencillas como partes fundantes de la vida y, sin embargo, tan olvidadas, es lo que sostiene este bello pensamiento o, mejor, delicada consolación: “Ir a comprar el pan es tarea grata con olor a comienzo. Si se me concediere una gracia de tiempo en mi hora final, iría a comprar el pan al clarear el día”.

La sorpresa de lo inesperado y su maravilla se nos ofrece con ecos becquerianos en: “Lo inesperado en el poema, lo inesperado en el amor y en la amistad. El encanto de las cosas que no han sido y llegan sin llamar”.

Si hay un aforismo que exprese los estragos y el desamparo en que nos va dejando el tiempo, este es: “Si alguien desaparece para siempre, queda la voz, que el tiempo va acallando hasta la extinción”. Y es así, hasta las voces más próximas y queridas van desapareciendo lentamente, se apagan con el paso de los días.

Y si buscáramos la imagen sorprendente y hasta deslumbrante, la encontraríamos en: “Cogíamos aceitunas con las manos ateridas y nos caían lágrimas de aceite”. Y también en este otro: “Las farolas de las autopistas, de tanto ver, se inclinan para lagrimear”. Este primer bloque viene a ser una brillante y sosegada reflexión sobre el paso del tiempo. Pero es una reflexión que, además, conlleva una postura, una ética, una manera de vivir y de con-vivir, respetando siempre las normas y el horizonte de los demás. El segundo bloque gira “En torno a la escritura”, deteniéndose, sobre todo, en la poesía, los poetas y en la novela.

Una reflexión obvia, pero sólo aparentemente (esta sentencia lleva tanta dinamita como el lector quiera ponerle): “No se trata sólo de escribir bien, sino de que alguien se fije en lo escrito”. Efectivamente, hoy además hay que ser experto en mercadotecnia, no sirve solo la obra bien hecha. Sin embargo, uno se consuela con este otro: “La voz perdurable admite lejanías y olvidos; tarde o temprano dará la cara”. Pero seguro que los poetas jóvenes no estarán de acuerdo con “en los últimos tiempos algunos poetas jóvenes, y menos jóvenes, se han aplicado, y quieren llegar pronto a cualquier parte”. Y aquellos que sean gremialistas quizá disientan de lo sentenciado en este otro: “Hay poetas que prefieren agruparse, buscar calor, para que no les tiriten las palabras”.

“La mirada insistente” cierra el libro con preguntas y reflexiones que indagan en lo eterno, en una trascendencia intuida, buscada siempre con dudas y desasosiego. Los Evangelios, Agustín de Hipona, Pascal, Simone Weill, Edith Stein, José Jiménez Lozano... están en la base de estos aforismos. Escribir sobre estos temas, arriesgados a día de hoy, conlleva un plus de temeridad para el escritor que se atreva (pasa lo mismo con la poesía arraigada, familiar o religiosa que hacen algunos poetas jóvenes siguiendo a D’Ors). Dionisia lo hace con apoyos de primera línea y sus palabras iluminan y consuelan. Veamos algún ejemplo: “Quien ha cruzado la frontera de la vida lo sabe todo; nosotros no sabemos nada”. Así es, si lo pensamos, sólo la idea de nuestra finitud podría enloquecernos.

“Conformarse con algo de luz, y seguir por esa vía sin temor; sólo con el apoyo de la constancia y la conformidad de los perdedores”. Lo malo es la cantidad, ese “algo de luz” que todos para seguir tirando siempre juzgamos demasiado menguado.

En íntima conexión con este pensamiento encontramos otro: “Salir por la mañana con la lámpara encendida”. La idea de la lámpara evangélica de las vírgenes prudentes, su simbolismo y belleza ha sido desarrollada por José Jiménez Lozano, para quien la lámpara y su hermana menor, la candela castellana, resumen un mundo de creencias y secretos del alma (de los adentros, que diría el maestro de Alcazarén) en el que hay que entrar con los pies desnudos.

La reflexión que cierra el libro resume la idea que de la literatura aforística tiene Dionisia García: voces que están dentro de nosotros o que pasan a nuestro lado y que en un momento dado logramos misteriosamente detener en el papel, quedando ya para siempre como voces detenidas: “Pasaban las voces y las he detenido para saber qué dicen. No sé si ha merecido la pena”.

Las más bellas historias de la literatura son siempre voces detenidas y encontradas para nuestra felicidad. En ellas se sostiene muchas veces la precariedad de nuestra vida.

José Luna Borge
Sobre *Voces detenidas*
Clarín, nº 52, Oviedo, julio-agosto de 2004, pgs. 75-77